

Manuel  
Capetillo



Descripción +  
escritura =  
descriptura

(Conferencia  
en una librería)

Sin motivo real para hablar de nada, el título general que se ha dado a este ciclo de conferencias —*Texto y Literatura*— será para mí objeto alrededor del que divague, la señal hacia la que se dirijan mis palabras; una señal distante y borrosa, que al mismo tiempo será como el inmenso ojo de lo que llamaré “visión única”, pero de un ojo que está cerrado completamente y para siempre.

Hablo en clave: por el error propio de la seguridad que siente el ignorante, y por la creencia de que, al desconocer, nombrando claves que nada significan, al fin de mi discurso amorfo quedarán ciertas ideas que signifiquen algo: ideas que no sean tales, sino más bien impresiones de imágenes diversas.

¿De qué visión única se trata? : me parece que de aquella que consiste en la apertura, en la apertura en todos sentidos, desde cada punto, considerando a cada punto como el núcleo donde se concentran todas las cosas, o como el representante o sustituto de todos los demás puntos. Por ejemplo: nosotros, reunidos aquí, para que se pronuncien y se escuchen determinadas palabras, somos actores de un hecho, y este hecho que es la presente conferencia es idéntico a cualquier otro hecho, parecido o no a éste, aunque sea tan sólo y precisamente porque uno y otros ocurren.

Pero no quiero hablar de ideas, de hechos abstractos. En cambio, desearía referirme a algo tan concreto como las palabras *Texto y Literatura*, y a la que es título de esta conferencia: *Descriptura*. Por lo pronto, me veo en la necesidad de pedir disculpas por el empleo de este disparate: descriptura. Descriptura fue una ocurrencia simple, una palabra que inventé innecesariamente, pues, sin agregar nada a la palabra “descripción”, únicamente encuentra una relación acústica forzada con “escritura”, que algo tendrá que ver —supongo— con la que se dice: TEXTO.

Si todo es “texto”, si un texto es nuestra presencia en esta librería transformada en sala de conferencias, por ejemplo, me pregunto cómo es que nosotros: los asistentes, los asistentes, los muros, librereros y libros, las puertas, las vidrieras, las lámparas, y todo lo que hay aquí, constituimos este texto: ¿qué es lo que nos hace ser un texto, cómo podemos ser leídos, quién nos lee y cuál es el resultado de la lectura que se haga de nosotros?

Dudo que conteste estas preguntas directamente. Sin embargo, en las varias ideas, sueltas y entrelazadas, que exponga, de algún modo quedarán implícitas las respuestas.

Desde luego me parece que ha de haber muchas respuestas —infinidad de respuestas— a esta pregunta múltiple: ¿cómo somos texto, cómo somos leídos, quién nos lee y qué sigue a la lectura que se haga de nosotros? Voy a suponer que para esta pregunta hay una sola respuesta: la que decido en este momento —en este momento pasado en el que escribí estas palabras de mi conferencia, y en este momento en el que leo para ustedes, haciendo de cuenta que improviso realmente y que con absoluta libertad

relaciono mis pensamientos—. Digo que supongo una sola respuesta: la que decido ahora mismo: “somos un objeto / cuyo destino es ser leído / por nosotros mismos; / y somos lectura / en la medida en que somos *imagen*”.

Efectivamente: tanto el mobiliario, como los objetos decorativos o los que son útiles, o como nuestros cuerpos, existen físicamente y, por lo mismo, hacen posible su análisis y su descripción: ocupamos un determinado espacio; las paredes de nuestros cuerpos tienen determinada superficie; nuestra consistencia es más o menos dura; una silla es menor que esta mesa y sus figuras dan toda la impresión de ser distintas; un ejemplar de toda la obra de Marcel Proust, que se encuentra en esos anaqueles, puesta sobre el suelo, un libro sobre otro, no tiene una altura mayor que la pierna de un niño de dos años que esté de pie y cuyo crecimiento haya sido normal; y es posible que algunas partes de estas sillas sean menos duras que el fierro de las ventanas, e incluso menos duras que los huesos del cráneo de varias de las personas —mis amigos— que no han venido.

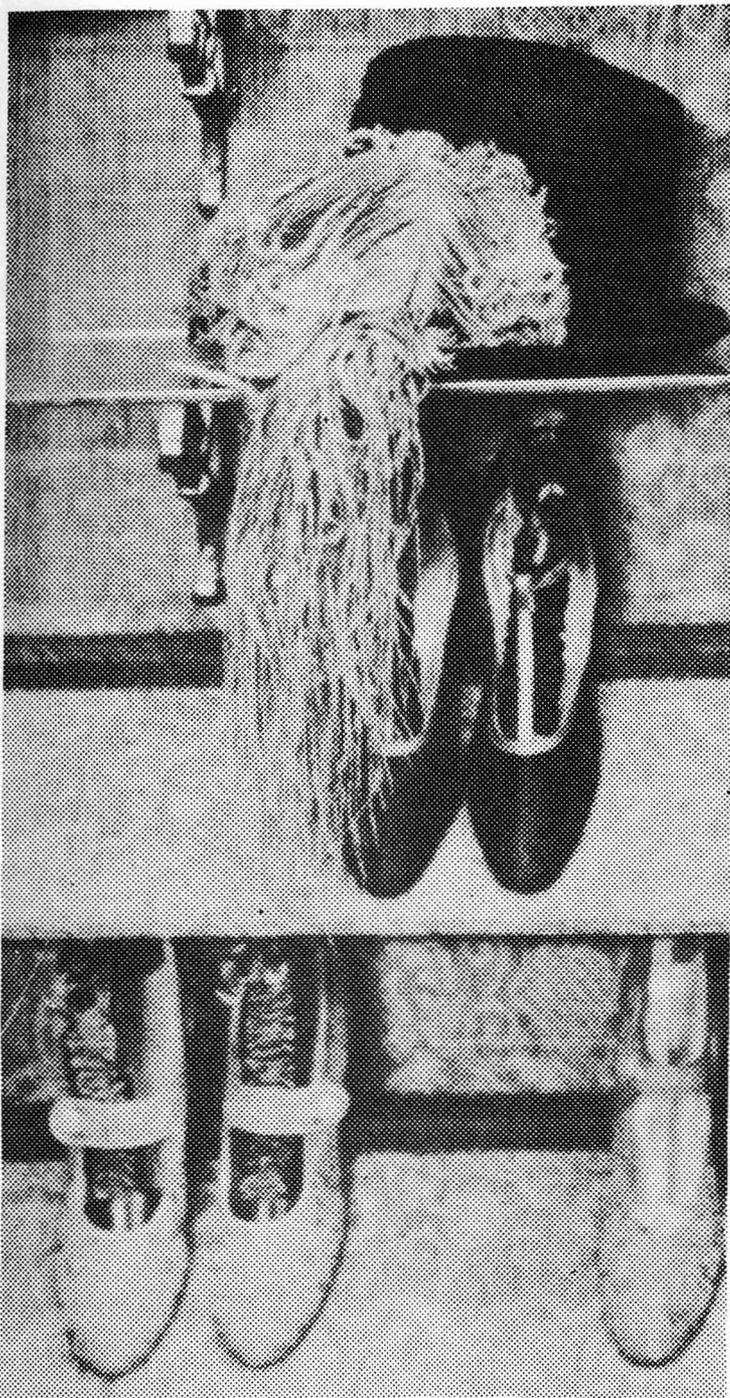
Con esta lista mínima y tentativa, que es parte de una lista integrada por un número ilimitado de elementos, de seres de muy diversas naturalezas —y considerando que de cada uno de esos seres pueden aislarse sus componentes, a fin de examinarlos y describirlos: como la pata, de una silla; la pierna, de alguien; y el protector de hule, de la pata de esa silla; o el tacón, de un zapato; la silueta, de un ser humano; o una de sus orejas, o las arrugas al centro de su frente... Con la inacabable lista que podría hacerse, tan sólo al tratar de que no se nos escape nada de lo que integra ahora el contenido de este recinto y el recinto mismo, pienso en una forma específica de lo que se dice: imagen.

Quiero decir: pienso en el *concepto* de la imagen visual, al distinguirla de la imagen ideal, que corresponde al pensamiento abstracto propiamente dicho, como creo que ocurre en filosofía, en poesía.

Por eso mencioné al comienzo de mi lectura algo relacionado con un cierto “inmenso ojo” y con una “visión única”... lo que nada tiene que ver con el budismo. Aquí de lo que se trata es de mirar como si se tuviera los ojos cerrados, y tomando en cuenta que la mirada se realiza plenamente, cada vez más y sin límite, a través de los diversos movimientos que constituyen la imaginación.

Por eso también hablé de apertura: porque con la imaginación ocurre que se está como en un estrecho cuarto desde el que se mira *todo*, todo lo que la capacidad imaginativa permite desear que haya afuera, incluso el interior del cuarto donde el imaginador imagina.

Por otra parte, me pregunto si es correcto distinguir entre imaginación ideal e imaginación visual, pues tiendo a pensar que toda idea conduce necesariamente a una imagen o a diversas imágenes visuales. Incluso, creo que los conceptos con los que se



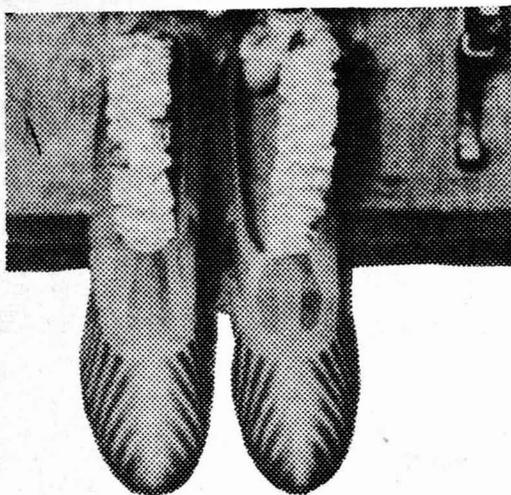
nombra objetos precisos, como árbol, mesa, libro, mano, etcétera, son punto de partida para concebir un número escaso de imágenes visuales; mientras que las ideas abstractas, mientras más abstractas sean, dan motivo a que el número de imágenes visuales se multipliquen en forma explosiva, como al pensar en la palabra “todo”, o en la palabra “algo”. O, sin ir a este extremo, por ejemplo el término “abominable” contiene muy diversos sentidos, por lo que se leerá de muy diversos modos. Ahora bien: ¿de qué depende que “abominable” se lea de un modo preciso?; o, respecto al “texto” que mencioné anteriormente: ¿qué lectura es la que se va a hacer de nosotros?

Se diría que todo texto tiene un sentido único, perfectamente determinable, debido, para empezar: a su *con-texto*. Quiero decir: un texto es, ante todo, su contexto; el sentido de cada texto, y de cada parte de cada texto, está en todos y cada uno de los elementos que lo rodean. Con esto —me doy cuenta, o al menos así lo deseo— niego el fundamento principal de lo que se ha dado en llamar “escritura”, entendida ésta como “la cosa misma”, como algo que debe leerse precisa y únicamente como dice, desechando sentidos extraños a eso que se dice. Así, este acontecimiento —y por supuesto digo “acontecimiento” entre comillas— que consiste en que nosotros estemos aquí y ahora sería un texto que se leería exactamente de este modo: nosotros estamos aquí y ahora.

Sin embargo, esa idea de “escritura” es posible que sea correcta, siempre y cuando se lleve hasta sus últimas consecuencias. Reflexiono esto en función de otras dos ideas que me preocupan, y que son: objetivo y subjetivo. Me preocupan, desde el momento en que la objetividad y la subjetividad sólo pueden darse simultáneamente, ya que, si bien se supone que cualquier cosa tomada en cuenta como texto es objetiva en sí misma, por otra parte es texto únicamente al ser escritura, pero precisamente al ser escritura realizada por alguien, leída por alguien.

Ahora —y en cierto modo para retomar el buen humor que quizás hubo al principio de mi lectura— me parece oportuno relacionar esta desviación, que me llevó a mencionar lo objetivo y lo subjetivo, con la idea de que nosotros, en este rincón y como constituyentes de esta librería, que temporalmente —más o menos a lo largo de una hora y media— se ha transformado en salón para conferencias. . . digo que me conviene relacionar objetivo y subjetivo con el texto que somos en este momento: el recinto de la librería, y los objetos y las personas que lo ocupamos.

Por ejemplo: parte de la objetividad consiste en el probable aburrimiento, tanto de quienes me escuchan como de quien les habla. Quiero decir: el aburrimiento es parte del texto, es parte de este texto. Sin embargo, no puedo decir: “objetivamente, debe afirmarse que este texto que somos es aburrido”. No puedo decir esto, por la sencilla razón de que sería *yo* el que dijera tal cosa; *yo*, quien soy nada menos que el usuario de *mi* subjetividad. Yo,



que estoy aburrido, puedo leer este texto que somos en esta conferencia como si se tratara realmente de un texto inútil; mientras que, quizás, alguno de ustedes, por medio de su aburrimiento y, más bien, atrás de su aburrimiento sepa ver el interés que hay en el hecho de que seamos un texto, y de que lo seamos precisamente en un momento que es punto de unión entre un pasado y un futuro próximos. En otras palabras, esa lectura del texto que somos en este momento sería una interpretación, digamos que algo así como una toma de conciencia de que "nuestro tiempo transcurre", de que el tiempo que estamos viviendo tiene como característica fundamental el *movimiento*.

¿Y qué viene a hacer esta palabra, "movimiento", en esta dispersión que es mi conferencia? Me parece que "movimiento", el movimiento a secas, palabra que separo de la expresión "movimiento del tiempo", tiene que ver, y mucho, con aquella otra idea que mencioné antes: con la idea de "contexto". Porque si "texto" es la cosa misma, en el momento mismo de cada presente que suceda, y sólo en ese momento —como el hecho de que nosotros estemos aquí y ahora, para que ustedes escuchen lo que yo hable—, "contexto" es la serie infinita de textos que *no* son el texto del que nuestra atención se ocupa; "contexto" es todo aquello que rodea al texto y que se relaciona con éste, ya sea porque tiene que ver o porque no tiene que ver con él.

Digo: "se relaciona", aplicando estas palabras absolutamente a todo, ya que ninguna negación puede ocurrir realmente. Creo que esto es cierto; así: árbol tiene que ver con bosque, con jardín, con naturaleza —con la naturaleza de los vegetales y finalmente con toda naturaleza—; pero, también, a medio camino, árbol está relacionado con hierro, puesto que árbol *no* es mineral. Árbol y mineral se relacionan *mediante* la negación, en el momento en que niego; además, árbol y mineral se relacionan al distinguirse y como parte del contexto general que son uno para el otro. (Por otra parte, no estoy muy seguro de que un árbol no contenga minerales, o de que ciertos minerales sean componentes de determinados árboles.)

Por último, "contexto" es la relación misma que hay entre los objetos. Por ejemplo, los diversos transportes que hemos empleado para asistir a esta conferencia; o nuestras piernas, en caso de que hayamos venido caminando; o las ganas que tuvimos de venir para saber qué pasaría en este recinto; o las ganas de irnos a perder el tiempo a otra parte. Vista de este modo, la realidad contextual no es sino precisamente *un* texto. De manera que cuando se afirma que todo es texto, y que todo texto es su contexto antes que nada, queda planteado nuevamente lo que se dice de "la cosa misma", que es solamente al ser de sí y para sí.

Pero, en este caso, en lugar de considerar que "texto" es algo independiente, objetivo, inamovible y sin relación, resulta que el texto llamado "contexto" es todo lo contrario, o sea: dependiente,

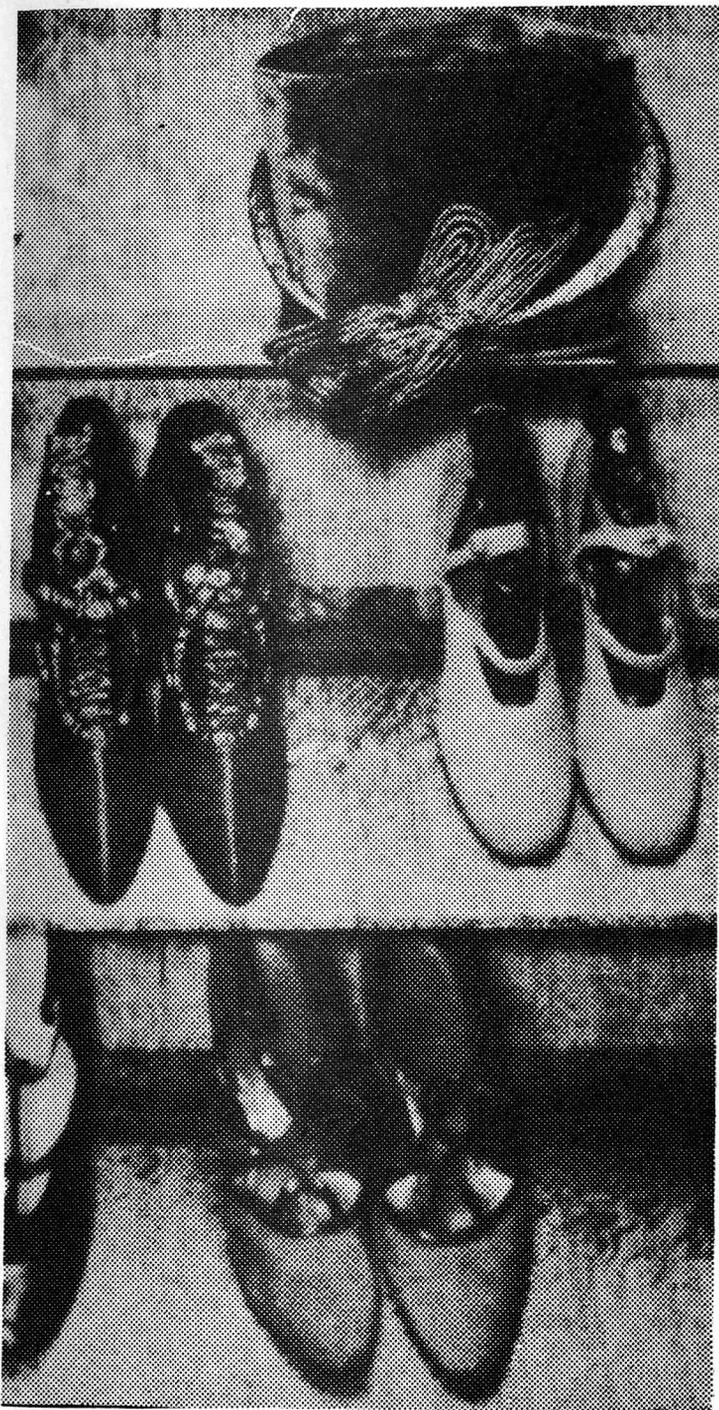
subjetivo, movable y moviente, y relacionado. En otras palabras, se diría que "el texto en sí mismo" es como un objeto que debiendo estar vivo está muerto; mientras que el "contexto" —o la interrelación entre contextos— es un objeto que, debiendo estar vivo, vive y crece continuamente.

Esto sucede con cualquier actividad creativa. Pero aquí, al decir "actividad creativa" me parece que incurro en una redundancia, ya que es de pensarse que toda actividad es creativa. Porque hay que ser muy sutil para encontrar la diferencia entre una frase de una partita para violín, de Johann Sebastian Bach, y una serie de martillazos que se den a lo largo de todo un día; o entre las nueve y media sinfonías de Mahler —que se supone son una lectura múltiple de la muerte y la vida simultáneas— y el estallido de la bomba que cae en la cabeza de un niño.

Como puede creerse, todo aquel que actúa lo hace por motivos que, para nombrar de algún modo, llamaré "positivos"; todo aquel que realiza una acción *sabe* que su acción es constructiva, motivo del orden, o "creadora". Y porque quien realiza la acción cree que crea. . . o, dicho de otro modo: porque el "actor" lee el texto que es su actuación como algo "creado en sí mismo", su actuación ha de leerse por quien quiera que sea como "creatura", como un objeto creativo que es creativo a partir de sí y para sí mismo, precisamente porque hay un autor que es parte del texto que se llama obra; y precisamente porque hay un observador, muchos observadores que miran la obra y que hacen posible que la obra exista al integrarse a ella mientras la observan y porque la observan.

En este punto quiero hacer un paréntesis; y, en seguida, un replanteamiento de los temas propuestos anteriormente, por medio de ideas nuevas —nuevas dentro de mi lectura— y de su desarrollo. El paréntesis me sirve para reflexionar acerca de la duración de esta conferencia: ¿convendrá prolongarla indefinidamente?; ¿o quizás cometí el error de alargarla más allá de lo necesario? Digo esto pensando en las ventajas que encierra el hecho de dictar una conferencia instantánea: porque pude escribir sólo dos líneas en las que expusiera una cuestión probable, a fin de que, para divertirnos todos, discutiéramos eso que hubiera dicho. Esas charlas y mesas redondas suelen prolongarse varias horas, sin que los participantes lo tomen a mal.

Por ahora, creo que lo más indicado es preparar el final de mi lectura, exactamente como se prepara el final de una composición musical. Aunque, por otra parte, la brevedad de este discurso y mi deseo de que sea breve, y de que hubiera sido mucho más breve, también, y desde luego, pueden tomarse como parte del tema general que es título para este ciclo de conferencias: "Texto y Literatura", sobre el que ahora me doy cuenta de una incorrección: el título no debió indicar "texto y literatura", sino más bien: "la literatura como texto", puesto que se trata de examinar



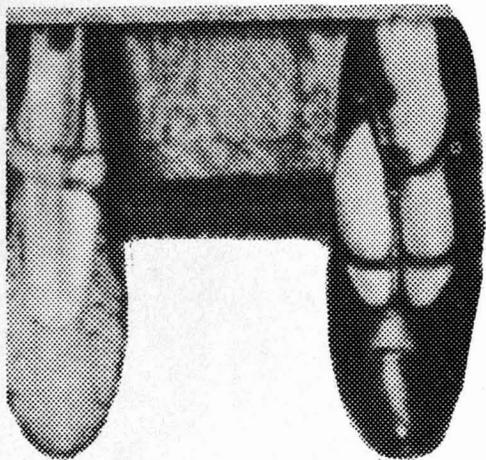
cualquier cosa como texto y, en el caso de este ciclo, a la literatura y a la música, como ocurre este día, en el que el compositor Mario Lavista ha hablado sobre el texto musical.

En cuanto a mí, opino que cumplo con el cometido de estas conferencias, puesto que la mía, de algún modo, en sí misma es literaria, en sí misma es texto. Texto que escribí y que leo en este momento; y el texto que consiste en el hecho mismo de que esté aquí para leer, como si hablara improvisando —algo que realmente improvisé en mi estudio—, para que ustedes escuchen mis palabras.

Y es posible que el final de mi lectura quede más redondo si retomo algunas palabras que he mencionado al paso y que tal vez sean los núcleos hacia los que debí prestar mayor atención. Esas palabras justificarían el absurdo título de mi conferencia, en caso de que me extendiera un poco a partir de ellas. “Descriptura” tomaría algún sentido, e incluso tomaría la naturaleza de un texto que pudiera ser leído. Esas palabras son tres, las cuales me parece que están íntimamente relacionadas; esas palabras son: “tiempo, movimiento, imaginación”. Y ahora me doy cuenta de que, al relacionarlas, aparecerá otra palabra, la cual ha estado oculta en todo esto que he estado diciendo, que es “estructura”, palabra que ha hecho posible la realización de mi escrito y la interrelación de sus partes; que ha hecho posible el hecho *compacto* de que estemos reunidos aquí y ahora para que yo lea y ustedes escuchen.

“Estructura” hace posible esto porque lo hace posible en todo; “estructura” es propiamente el factor único de cada objeto, por el que cada objeto puede ser. Quizás me equivoque, pero en este momento tiendo a afirmar que “texto” y “estructura” son sinónimos. De manera que al tomar en cuenta cada objeto, lo que estamos leyendo es su estructura, lo que en otros términos puede llamarse mucho más afortunadamente “substancia” o “contenido”. Contenido, no en oposición a forma, puesto que realmente *sé* que forma y contenido son una sola cosa; *sé* que en la lectura de toda forma lo que se está leyendo es su contenido, *sé* que toda forma pura no es sino puro contenido.

Lo cual me recuerda un texto de Vargas Llosa, mediante el que analiza el rito medieval del duelo; la impresión que me quedó al leer este texto de Vargas Llosa, al leer lo que es el enfrentamiento entre “famoso vengador de agravios supuestos e inventados” y sus atacantes y atacados... digo que, lo que leí que es el duelo, es ejemplar para hablar de lo que es el texto, la estructura, la forma. Porque ese rito / de muerte / era, por encima de todo, solamente rito. Rito, que es forma; rito que valía sólo en cuanto tal, como cualquier otro rito: que en el gesto, digamos que en los pasos coreográficos, en la vestimenta, en todas y cada una de las actitudes, en todos y cada uno de los elementos que constituyen el rito —los escudos, la venganza, los testigos— está eso que dice el rito.



El rito dice por sí mismo y sólo por sí mismo; en el del duelo medieval, lo que dice ya no es “vengar la afrenta”, sino, precisamente: “ceremonia de muerte”. Los testigos, los padrinos, los jueces, los participantes y sus armas y su vestuario, y el campo del enfrentamiento, se reúnen para re-presentar la muerte, para leer el “texto distante de la muerte”, para convocar a la idea abstracta de la muerte, y realizarla por el medio eficazísimo de la lectura que consiste en la actuación del rito. Lo que, extendido a términos generales, corresponde, nada menos que a una expresión contemporánea inolvidable, de un autor cuyo nombre *no* recuerdo, que dice: “en el medio está el mensaje”, o “el medio es el mensaje”, expresión que traduzco del modo siguiente: “en el contexto está el texto”, o “forma es contenido”.

Por eso pienso en “tiempo”: porque el contexto del presente es el pasado y el futuro; porque *yo* no puedo pensar en el presente *objetivo*, porque yo no puedo pensar en *mi* presente, si no es relacionándolo con todos los demás presentes, aquellos que ocurren ahora mismo para cada primera persona que los padezca, y aquellos presentes que fueron y que serán. Dicho de otro modo: todo es presente; siempre todo ocurre *ahora*. De este modo, “texto o escritura o estructura” no es el objeto estático o muerto o inútil, sino que es un cuerpo vivo, explosivo, cuya única característica es la interrelación, el movimiento.

Por ejemplo, y para emplear esta casualidad afortunada para mí, la que consiste en que hoy, dentro de este ciclo de conferencias, Mario Lavista hable del “texto musical” en este mismo recinto, resulta oportuno que yo hable de las características musicales propias a todo hecho, a toda cosa, al pensar sobre todo en la idea de estructura, porque tal parece que toda estructura puede explicarse por medio de *otra* estructura más amplia, más general, lo que creo que no ocurre con la estructura de la música, que para mí viene a ser, dentro de la creación y de la actividad humana, la que habría que leer como explicación o sustitución del resto de las cosas.

Quiero decir: la estructura musical, la música, no puede leerse mediante un código extraño a la música, sino precisamente por medio de la música misma. El que oye música, si bien puede distraerse leyendo lo que escucha, como si leyera lo que dice un paisaje florido, arbolado, con montañas, lago, cielo intensamente azul y borreguitos en la pradera; o como si leyera los sentimientos indefinibles que se nombran como esplendor, o perfidia, o manse-dumbre, o belleza; o como si leyera el texto que es la danza de determinados aborígenes, o la folklórica que hay en el palacio presidencial... el que oye música, si realmente desea oírla, no tiene otra oportunidad sino la de apreciar la estructura musical, la substancia de la música, la música misma, que es su contenido.

Pero, naturalmente, lo que ocurre con la música es ejemplar, puesto que cada objeto al que nuestra atención se dirija deberemos

considerarlo en la misma forma: como puesto en la cumbre, a manera de contextualidad de todos los demás textos que, al momento de observarlo, no nos interesen directamente, porque eso que leemos ahora es el texto constituido por “absolutamente todo el resto de textos que existen, los que de un modo o de otro rodean en el tiempo y en el espacio a ese texto que leemos”.

Fundamentalmente, el movimiento textual radica en “la salida que el texto hace de sí mismo, para *realizarse*, proyectándose en todos los demás textos, siendo él mismo, por fin, al contener, al estar integrado por todo el resto de la existencia”.

Y, por supuesto, el movimiento textual —o contextual, que en este punto de mi conferencia ya es lo mismo— se inicia y continúa sin fin desde el momento en que el texto tiene un autor, desde el momento en que hay un lector —cada lector posible— que lee el texto.

Sólo unas palabras más. Sólo unas cuántas líneas más de mi escrito. Mi conferencia está por terminar. Va a llegar a su fin, únicamente porque lo decido, y no porque yo haya agotado el tema o los temas que me propuse. Me parece, desde mi punto de vista, que no he planteado nada; que las ideas que he expuesto no han planteado nada; que, si acaso, lo que se ha dicho en la conferencia se ha dicho sólo por medio de la conferencia misma.

Esto es: al desarrollarse a lo largo de aproximadamente media hora, hemos tenido diversas experiencias de un mismo tiempo; al escuchar determinada palabra, nuestra mente creyó interpretar algo preciso; a pesar de que aquí no se expuso lo que comúnmente se entiende por “un contenido”, cada uno de nosotros tuvo oportunidad de leer diversos contenidos, relacionados con la propia experiencia, con la experiencia que cada quien tiene en la vida de todos los días. Y esta experiencia consiste en el movimiento que hay al relacionarse todas las cosas, de todos los tiempos.

¿No es esto precisamente lo que ocurre con la imaginación? Yo diría que, tratándose de la imaginación, el tiempo y el espacio adquieren características esencialmente amplias y contradictorias. La sola imaginación, usada como puerta abierta —y estoy pensando en la imaginación visual—, considerada como el “inmenso ojo” que nos permite ver todas las cosas, como la visión con la que vemos todo, debería recibir, como honor merecidísimo, el título de “texto de los textos”, porque la acción de imaginar —como la música o el hecho de vivir verdaderamente— es la única “lectura abierta”, porque la imaginación se manifiesta en todos los hechos y se muestra en cada uno de todos los objetos físicos e ideales existentes.

Quizás mi conferencia debió reducirse a esto, a afirmar: “Texto y literatura no existen; lo que existe es la imaginación como texto, la imaginación como acto de lectura.” Dentro de la imaginación, mediante el movimiento de las imágenes, todos los tiempos y todos los espacios se confunden para multiplicarse.